

ARDIDES Y ESTRATAGEMAS DE GUERRA

Ricardo GONZÁLEZ CASTRILLO ¹

RESUMEN

En la colección de manuscritos de la Real Biblioteca de Madrid figura el tratado *Ardides y estratagemas de guerra*, signado como II-3126. Consta en la dedicatoria al monarca Felipe II, que la obra fue escrita originariamente en lengua francesa y presentada por su anónimo autor a don Juan de Austria en Flandes, quien la entregó a su Ayuda de Cámara Pedro de Álava para que la tradujese al español.

El manuscrito cuenta con 53 folios y portada propia, numerados modernamente a lápiz, escrito el texto con letra itálica, salvo el título de los capítulos y las apostillas marginales que van en romana. Diez son los capítulos que componen la obra, precedidos cada uno de un enunciado donde se expresa alguno de los principios bélicos de toda guerra, que cualquier jefe de ejército debe observar y tener en cuenta al programar un encuentro. Tales como elegir precisamente la ubicación del campo de batalla, atraer al enemigo al terreno más conveniente para sus propios soldados, inculcar en los combatientes un verdadero espíritu de lucha, ordenar acertadamente las tropas, hallar el modo de infundir terror en los adversarios o incluso eludir la batalla en situaciones desfavorables. En defensa y apoyo de estos asertos se recuerdan, a modo de ejemplos, un buen número de tretas y engaños utilizados en el pasado por ilustres generales con el fin de cumplir los objetivos propuestos.

Acabada la exposición de los diez capítulos, se añaden algunas recomendaciones más dirigidas a quienes tuvieran un ejército a su cargo, como

¹ Universidad Rey Juan Carlos, C/ Tulipán, s/n, Móstoles (28093-Madrid). ricardo.gonzalez@urjc.es

la de procurar la mayor armonía entre los integrantes del mismo, intentar primeramente reducir al enemigo sin recurrir al combate abierto o no emprender la lucha en caso de guerra injusta.

Finalmente, el manuscrito incluye como *adenda* -f.54_v y 55_r-, escrito con letra itálica de menor tamaño, el discurso que Pedro de Álava redactó en francés para que su señor el príncipe don Juan de Austria lo pronunciara ante la asamblea de nobles y altos dignatarios de los Países Bajos, cuando fue nombrado gobernador de aquellos territorios por su hermano Felipe II.

Una vez expuesto el contenido del manuscrito de la Real Biblioteca de Madrid, he procedido a comparar dicho contenido con otras fuentes coetáneas de igual carácter, impresas y manuscritas, a fin de reseñar posibles semejanzas y discrepancias. Y el resultado ha sido altamente satisfactorio.

PALABRAS CLAVE: Estrategia militar, siglo XVI. Guerra-estrategia, siglo XVI. Táctica militar, siglo XVI. Historia militar, siglo XVI. Ciencia militar, siglo XVI. Poliorcética, siglo XVI.

ABSTRACT

The collection of manuscripts of the Royal Library in Madrid includes one of them with the title *Ardides treaty and stratagems of war*, signed as II-3126. In the dedication to King Philip II, appears that this work was originally written in French and presented by one anonymous author to Don Juan of Austria in Flanders, who gave it to his manservant Pedro de Álava with the demand to translate it into Spanish.

The manuscript has 53 folios and own cover, numbered recently with pencil, written text in Italicized letter, except the title of the chapters and the marginal endnotes ranging in Roman characters. Ten are the chapters that compose the work, each of them are preceded by a statement which expresses one of the military principles of any war that any chief of army must observe and take into account when scheduling a meeting. Such principles deals with choosing the location of the battlefield, or drawing the enemy the most suitable for their own soldiers terrain, or instilling in fighting a true fighting spirit, or ordering rightly the troops, or finding a way to strike terror into opponents and avoiding even battle in unfavorable situations. In defense and support of these assertions are remembered, as examples, several numbers of ruses and deceptions used in the past by illustrious general in order to reach the objectives.

When finish the exhibition of the ten chapters, the anonymous author includes a few recommendations that aim at those who have an army in charge, such as seek greater harmony among the members, try to first reduce the enemy without resorting to open combat or not to take recommendations are added the fight in case of unjust war.

Finally, the manuscript includes as addenda -f.54v and 55r, written italicized smaller- the speech that Pedro de Álava drafted in French for his master Prince Don Juan of Austria that he pronounced in the Assembly of Lords and High Dignitaries of the Netherlands, when he was appointed governor of the territories by his brother Philip II.

Once expose the contents of the manuscript of the Royal Library in Madrid, I have proceeded to compare the content with others, printed and handwritten, in order to review possible similarities and discrepancies contemporary sources of that nature. And the result has been highly satisfactory.

KEY WORDS: Military strategy, Sixteenth Century. War-Strategy, Sixteenth Century. Military tactics, Sixteenth Century. Military history, Sixteenth Century. Military science, Sixteenth Century.

* * * * *

Introducción: fascinación por la Antigüedad grecorromana

El Arte Militar, como género literario, contó con numerosos e ilustres cultivadores en la España del siglo XVI y, más concretamente, en su segunda mitad, como es bien sabido. Muchas fueron las obras de este género que vieron la luz por entonces y ello no sólo en nuestro país, sino en todo el Occidente europeo, consecuencia del sentimiento bélico que presidía la vida del hombre en aquel tiempo. Uno de los rasgos más característicos de esta literatura militar fue la fascinación que sus autores manifestaron ante las grandes obras y hechos de armas del pasado grecorromano. Escritores griegos y latinos aparecen citados con profusión en dichos libros con valor de indiscutibles autoridades. Sirva como ejemplo la admiración de Marcos de Isaba hacia los romanos cuyo magisterio en el Arte Militar aventajó “a todas las naciones del mundo”, pensamiento asimismo compartido por Scarion de Pavía y Diego de Salazar.² En verdad, el ejemplo romano seguía siendo válido en bastantes aspectos de la milicia de este periodo, sobre todo en lo tocante a la moral y a la disciplina de las tropas, e incluso en relación con las aplicaciones tácticas. La *disciplina militar* aparece en el título de varias obras, y en las que no se destaca es, con frecuencia, la columna vertebral de muchas de ellas. En general, lo que pretendían los tratadistas militares de la decimosexta centuria era restituir la misma al esplendor que tuvo en la antigua Roma, especialmente durante la época de la República. Tiempo atrás, el emperador bizantino León VI había abrigado esta misma intención y así lo expresaba al comienzo de su *Aparato bélico*, cuya versión anónima manuscrita conserva la Biblioteca Nacional de España (BNE).³ Sin embargo, la utilización generalizada de la pólvora vino a transformar el carácter de la guerra en el siglo XVI, y las enseñanzas de los antiguos se volvían obsoletas, especialmente en los aspectos armamentísticos y de fortificación. Pese a todo, los tratadistas de esta centuria seguían estando impresionados por la perfecta planificación que hacían los generales romanos y por el impecable adiestramiento de los soldados que conformaban los ejércitos. Los autores del siglo XVI tuvieron el convencimiento de que la disciplina militar había sido la clave del éxito de los ejércitos romanos, cuya decadencia fijaban precisamente en la relajación de aquella disciplina. El ideal romano aparecía como el modelo a seguir y también como el mejor remedio para evitar las corruptelas que erosionaban la milicia española de aquella decimosexta centuria. Recientemente, en nuestra época, un historiador

² ISABA, Marcos de: *Cuerpo enfermo de la milicia española*. Madrid, Guillermo Druy, 1594, fol. 8. *Vid.* también SCARION DE PAVÍA, Bartolomé: *Doctrina militar*. Lisboa, Pedro Crasbreeck, 1598, fol. 19_{r-v} y SALAZAR, Diego de: *Tratado de Re Militar*, Alcalá de Henares, 1536, fol. lvijj.

³ Ms. 9137, fol. 16.

como Hale ha puesto en cuestión la imagen de perfección transmitida por estos autores, a su juicio más aparente que real, lo cual justifica por la influencia de “escritores como Livio que narraban los combates como hubieran tenido que ser, no como fueron en realidad, o Vegecio, que describía el arte de la guerra como debía haber sido, en un alarde de propaganda por un pasado que el autor idealizaba, y dotada de una organización demasiado perfecta para ser real”.⁴

Acertado o no el parecer de Hale, lo cierto es que no cabe dudar de la fascinación de los escritores españoles de la decimosexta centuria por la Antigüedad, hecho que es constatable por la simple lectura de sus obras. Por otro lado, este sentimiento no fue exclusivo de nuestros compatriotas, sino que fue compartido por sus colegas europeos. El interés que despertaba en la sociedad de aquel tiempo las acciones bélicas del pasado grecorromano, de sus héroes y costumbres, se refleja, además, en el elevado número de obras clásicas que, traducidas al español, vieron la luz durante el siglo XVI. Baste mencionar los famosos *Comentarios* de Julio César a la guerra de las Galias, los cuales fueron traducidos por Diego López de Toledo e impresos, por vez primera, en periodo incunable (1498), y con dos ediciones posteriores (Alcalá de Henares, 1529 y París, 1549). Tito Livio, a su vez, aparece traducido al español por Pedro López de Ayala en el siglo XV, mientras fray Pedro de la Vega y Alfonso Pimentel hacían lo propio en la siguiente centuria.

La aceptación de los modelos militares del pasado no era sino la consecuencia lógica de la corriente humanística imperante en la época, que propugnaba la vuelta a los modelos clásicos, y la milicia no fue una excepción. Pero bajo la acepción de *antiguos*, no se incluían sólo los pertenecientes al mundo grecorromano. Otros pueblos, como el asirio, el persa o el cartaginés, aparecen mencionados con frecuencia en estos tratados, sin que falten tampoco ejemplos tomados del Antiguo Testamento. Con relación a este último, Cristóbal Mosquera de Figueroa consideraba que “no se hallara autor, ni libro mas abundante y lleno de todo quanto en esta materia [el Arte Militar] se puede dessear, como la Sagrada Escritura”.⁵

El manuscrito

En el siglo XVI vio la luz una obra anónima titulada *Ardides y stratagemas de guerra*, escrita originariamente en lengua francesa y presentada

⁴ HALE, J.R.: “El Ejército, la Marina y el Arte de la Guerra”, en *Historia del Mundo Moderno*. Barcelona, 1980, t. II, pág. 330_b.

⁵ MOSQUERA DE FIGUEROA, Cristóbal: *Comentario en breve compendio de disciplina militar*. Madrid, Luis Sánchez, 1596, fols. 6_r (=7_r) y 7_v (=8_v).

a don Juan de Austria en Bins (localidad de Haynaut, en la Bélgica actual), quien la entregó a su ayuda de cámara Pedro de Álava para que la tradujera al español. Es bien sabido que don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, fue nombrado por su hermanastro Felipe II gobernador de los Países Bajos en 1576, cargo que ocupó hasta su muerte, acaecida dos años más tarde, en 1578. Por lo tanto, es de suponer que fue en este periodo cuando conoció la obra que traemos a colación. El desconocido autor del libro quizá fuera francés, aunque cabe también la posibilidad de que lo escribiese una persona de origen español utilizando aquel idioma. Lo cierto es que Pedro de Álava terminó el trabajo cuando su señor el príncipe había ya fallecido, por lo cual dedicó la traducción, con su firma y rúbrica, al monarca Felipe II, reconociendo no obstante “haber pulido” el original. Y resalta el interés de la obra argumentando que a un buen general no le basta con ser “animoso y valiente” sino que necesita el “vso de stratagemas, gozar de las coyunturas, tener buenas espías, en fin señalarse mas por buena platica y considerada sabiduria que por el esfuerço de vna insolente y temeraria osadia”. Antiguos militares famosos, especialmente de la Antigüedad Clásica, utilizaron con éxito tales prácticas y sus actuaciones se recogen con profusión en las páginas del libro para que sirvan de enseñanza a cuantos tienen a su cargo programar y dirigir batallas y guerras. Cabe recordar que el suelo de Flandes y las Guerras de Religión fueron una extraordinaria cantera de excelentes soldados y no menos brillantes escritores, y el manuscrito que analizamos se inscribe plenamente dentro de esta bibliografía de temática militar.

Un ejemplar de la versión española de los *Ardides* realizada por Pedro de Álava, se encuentra entre los fondos manuscritos de la Real Biblioteca de Madrid (RBM), signado como II-3126. Consta de 53 folios, con portada propia y letra itálica -salvo en el título de los capítulos y apostillas marginales que van en romana- y numeración moderna a lápiz. El texto se halla dividido en diez capítulos numerados, con encabezamiento propio cada uno, alusivo a la manera más conveniente de proceder en determinadas situaciones bélicas. Así, el capítulo primero trata de “cómo ay tiempo y sazón de huyr batalla y rencuentro, y que conuiene algunas vezes dexar de combatir sus enemigos”. Título que se destaca al comienzo del capítulo, dispuesto en “cul de lampe”, pauta que se seguirá también en los restantes capítulos. La metodología empleada en la redacción de la obra consiste en mencionar, en apoyo del tema propuesto en el enunciado, una serie de hechos históricos acaecidos, expuestos a modo de ejemplos, sin orden cronológico, tomados principalmente de la Antigüedad griega y romana, protagonizados por ilustres generales como Alejandro, Aníbal, Escipión, Julio César o Pompeyo, entre otros, si bien no falta tampoco el recuerdo de otros personajes de época

más reciente, como el condestable francés Beltrán Duguesclin, Luis XII de Francia en su lucha contra los sicilianos, o Bartolomé Liviano, general veneciano que combatió a los españoles en 1514. El número de ejemplos citados es siempre elevado: diecinueve en el primer capítulo, relativos todos ellos a la conveniencia de eludir la batalla en ciertos casos.

En el capítulo 2º se recomienda “acometer a los enemigos en tiempo y sazón conueniente para mas facilmente vencerlos o resistir a su acometimiento”. En defensa de este principio, se adjuntan dieciocho casos, uno de los cuales revela cuál era la táctica habitual empleada por Yugurta, rey de Numidia: “entre otros ardides y mañas tenia esta, que no acometia ni peleaua jamas contra los romanos sino hazia la tarde quando ya el día declinaua, de manera que la pelea no podia ser muy trauada por la noche que sobreuenia, que les hazia retirar: y d’ esta suerte su gente no podia ser del todo desecha”. En general, todos los ejemplos aportados indican que sus protagonistas supieron esperar el momento oportuno para atacar al enemigo, sin precipitarse a presentar batalla. Y por ello obtuvieron victorias señaladas.

El capítulo 3º contempla la necesidad de “escoger lugar conueniente y auentajado para la batalla”. Esta vez son diecisiete las citas alegadas en favor de este aserto, aduciendo que la causa de los numerosos triunfos obtenidos por César sobre los galos era que éstos, llevados de su “ardor y arrojo”, se lanzaban los primeros a la lucha sin tener en cuenta las condiciones del terreno, mientras que el romano escogía cuidadosamente el campo y el momento propicio para iniciar el encuentro. Otro tanto hizo también Aníbal en sus confrontaciones con el cónsul Marcelo, que “miraua primero a tener mas auentajado sitio para su gente y jamas se alargaua mucho de su fuerte, y procuraua tener siempre alguna fuerça a las espaldas para tener segura la retirada”.

El capítulo 4º presenta la estratagema “de atraer y sacar al enemigo de su fuerte por arte y cautela, e incitarle a que salga a pelear en tiempo e lugar para él mal conuiniente”. En apoyo de la cual se traen a colación dieciocho casos históricos del pasado, uno de los cuales contradice lo apuntado en el capítulo anterior acerca del “ardor y arrojo” de los galos en su lucha con Julio César, ya que afirma “que s’estauan en sus fuerças y no querian salir en campaña ni acordar batalla porque temian ser todos vencidos en vna hora si salian a combatir”. Y por ello César determinó emplear la táctica de quemar y destruir “el pays para hazerlos salir”. En la mayor parte de los ejemplos expuestos, el ejército vencedor había recurrido a la añagaza de fingir huir para obligar al enemigo a salir de sus posiciones y poder atacarle, cayendo sobre él y destrozándolo.

El capítulo 5º versa sobre la manera “de mover los coraçones de los soldados y animarlos a la pelea”. Y ofrece dieciocho fragmentos históricos que pudieran instruir sobre la forma de obtener buenos resultados en este sentido. La tipología de los procedimientos descritos es variada. Van desde estimular el amor propio de los combatientes ante las injurias y burlas proferidas por el enemigo, excitar su ánimo de lucha como único modo de defender sus bienes y propiedades y de ganar al propio tiempo considerables riquezas, quemar las naves y destruir los puentes para impedir cualquier intento de retirada, o fomentar la rivalidad entre los soldados mediante la concesión de premios a los más distinguidos y castigos a los más “floxos” y cobardes.

El capítulo 6º plantea la cuestión “de como se ha de proueer y sosegar vn exercito quando esta alborotado por alguna aduersidad o caso contrario”. En los siete ejemplos que acompañan a este capítulo se exponen otros tantos momentos históricos en los cuales, determinados generales, engañaron a sus tropas tergiversando la verdadera realidad de las situaciones, presentando como favorables los reveses sufridos, a fin de levantar la moral de los soldados. Pompeyo, Vercingétorix, Filipo de Macedonia, Escipión y algunos más no tuvieron reparo en recurrir en ocasiones a mentiras y falsedades con esta finalidad, obteniendo buenos resultados con tal proceder.

El capítulo 7º resalta la importancia que tiene “ordenar batallas y escuadrones” del modo más conveniente en cada caso, cambiando incluso el orden acostumbrado en función de la disposición que el enemigo hubiera dado a sus tropas. Y uno de los veinte casos que recoge cita a Escipión en su lucha contra Asdrúbal en Hispania, cuando “mudó toda la orden que entonces tenia, y donde solia poner su mayor fuerça en el medio y frente de la batalla y muy poca en los lados, hizo lo contrario” engañando “con esta cautela a Asdrubal... y quedo vencedor”. En otro ejemplo se indica cuál fue la táctica empleada por Aníbal en su último encuentro con los romanos y la forma como ordenó su ejército: “Delante de todos los escuadrones estauan setenta grandes elephantes, según la costumbre antigua, lleuando a cuestras torres de madera con flecheros para alborotar y desordenar a los romanos. Despues d’estos marchauan los soldados estrangeiros que eran auentureros y estauan al sueldo de Hannibal, y hauialos ordenado en la delantera para que los romanos perdiessen en ellos su primer ímpetu, porque la perdida desta gente s’estimaua en poco y conuenia que los romanos fuesen trauajados y cansados antes para despues acabar de romperlos. Y tras estos estauan mas todos los escuadrones de los carthagineses para venir a la refriega despues frescos y reposados”. Sin embargo, pese a que esta ordenación del ejército “fue muy estimada de Scipion y todos los romanos”, lo cierto es que Aníbal

acabó siendo vencido. Se insiste en la importancia de distribuir con buen orden las tropas, pues “lo que no esta bien ordenado causa muchas veces confusion”. A este respecto, se recuerda “como Fulvio, pretor romano, sin formar sus escuadrones como conuenia, se atreuiò por su temeridad a dar la batalla a Hannibal en la Pulla, de lo cual le sucedio mucho mal porque fue vergonçosamente rotto y muchos de los suyos muertos hasta el numero de 16. mil, sin los presos”. La formación de los escuadrones es uno de los temas también recogidos en bastante de los tratados militares del siglo XVI. Los autores acostumbran a detallarlos, ilustrando sus descripciones con gráficos y tablas numéricas que facilitan su comprensión. De este modo, Álava y Viamont indica los siguientes tipos de escuadrón: cuadrado, prolongado, cornudo, romboidal, en forma de tenaza, de cruz, de sierra y de huevo. Por su parte, García de Palacio señala algunas clases de escuadrones empleados por los antiguos. Sin embargo, pese a la diversidad tipológica que podemos apreciar, los más habitualmente utilizados en dicha centuria se redujeron a cuatro: cuadro de terreno, cuadro de gente, prolongado y de gran frente, opinión que es compartida tanto por Escalante como por Francisco de Valdés.

El capítulo 8º trata “de atemorizar y poner en confusion a los enemigos en la batalla por arte y engaño”. En cierto modo, el contenido de este capítulo guarda semejanza con el del número seis. Ambos apuntan a infundir ánimo de lucha en los soldados propios y amedrentar, por el contrario, a los adversarios, empleando toda suerte de estratagemas y sutilezas. Con esta finalidad se citan veintidós ejemplos en los que ilustres generales emplearon con éxito las más variadas añagazas. Se cuenta, así, que el cónsul Marcelo, antes de un combate, hacía gritar “con grandes clamores y voces” a sus tropas y a todos los campesinos, y este griterío, agrandado por el eco de las montañas, infundía terror al enemigo y ánimo en los suyos. Con idéntico propósito, “los sarrazinos o moros” enfrentados a Carlomagno “hizieron vestir algunos en manera de diablos con rostros falsos y mascarar espantosas y los pusieron de los primeros en la batalla”, provocando con ello la espantada de los caballos. “Y por este ardid fue el exercito de Carlo Magno rompido y desbaratado”.

El capítulo 9º, el más breve de todos, plantea el modo “de romper y desbaratar a los enemigos en batalla por diversos medios”. Entre ellos, el empleo de algunos ingenios, como los “carros armados con hozes y cuchillos aguzados para cortar en piezas a los enemigos”, especie de *carros falcados* que usaron los persas contra Alejandro; o los artificios que inventó el conde Pedro Navarro, “cauallero sutil e industrioso”, y que utilizaron los españoles en Rávena contra los franceses, sin detallar en este caso la índole de los mismos. En los ocho ejemplos que se citan aparecen empleados también “otras sotilezas y ardidess... como hacer muchos oyos y concauidades

por las partes que hauian de venir los enemigos cubriéndolas despues con mimbres, ramos y hierba para mejor engañarlos”. Sin embargo, se reconoce que cualquier ardid que pudiera escogerse de poco servía ante “la artilleria que agora se vsa” pues “lo sobrepuja todo, porque el destroço que haze es espantable”.

El capítulo 10º expone los “muchos y varios medios de deshazer a sus enemigos sin peligro de batalla”. Los diecisiete ejemplos que se recogen demuestran que otros tantos jefes de ejércitos supieron en el pasado derrotar y aniquilar a sus enemigos sin recurrir al empleo de las armas, utilizando tan sólo los más variados ardides y engaños. Entre ellos, el empleo de sustancias tóxicas para envenenar las aguas que había de beber el ejército contrario, el derribo de árboles al paso de éste, o inundar el campo enemigo desviando el curso de un río. Impedir el avituallamiento de los adversarios era también uno más de los recursos practicados habitualmente y, al parecer, el preferido por Julio César, quien “miraua y procuraua mas vencer y desbaratar a sus enemigos por hambre que por batalla y cuchillo”.

A modo de consejo y advertencia, al término del capítulo décimo, precedido de un título en letra romana que reza así: “De euitar motin y discordias en la guerra”, se recomienda que el jefe del ejército procure por todos los medios “que entre los capitanes y soldados no aya dissensiones ni diferencias”, las cuales han sido causa de que se perdieran numerosas batallas, como les ocurrió a los romanos ante Aníbal en Cannas. Y después de mencionar otros dos ejemplos más, figura el siguiente enunciado, también en letra romana: “Como se ha de procurar de deshazer mas al enemigo por arte y cautela que por fuerça y rencuentro de batalla”. En realidad, esta parte viene a ser como una prolongación de lo tratado en el último capítulo y su filosofía es coincidente: se debe intentar vencer al contrario sin recurrir al combate, puesto que toda “vitoria es dudosa, incierta y peligrosa”. Tres razones apoyan esta tesis. La primera, “que la fortuna es incierta y engaña muchas vezes aquellos que menosprecian sus enemigos y que tienen por asegurada la vittoria de su parte”; la segunda, “porque si sucede mal, la falta no se puede remediar y la perdida es irrecuperable”; la tercera, “porque aunque se consiga la vitoria, es menester comprarla muy cara, con la perdida de mucha gente de valor”. Y en apoyo de cada una de estas tres razones se recuerdan hechos acaecidos que las confirman.

Finalmente, precedido del epígrafe “algunos dichos notables y singulares para vn general”, se aconseja que “vn general hauia de ser viejo y anciano, no por la edad pero por el reposo y modestia que ha de tener qualquier buen capitan”. El factor edad era, por tanto, aconsejable en un jefe de ejército en tanto en cuanto se le suponía más prudente y menos temerario

que una persona joven. Y es que planificar un combate requería tiempo y preparación, y no podía hacerse con precipitación, de forma irreflexiva. De ahí que “el emperador Octavio aborrecía a vn general quando era demasiado pronto y ligero en sus actos”. Asimismo se establece como principio fundamental, que haya “vnion y concordia” entre las tropas y se recuerda a este respecto que “las discordias entre los principes christianos” fueron causa precisamente “de gran daño a toda la Christiandad”.

Y, por último, se aborda la tan discutida exigencia de una guerra justa, “no emprendiendo ni fundando vna guerra sobre vna causa iniqua y sin razon”. Cuestión que tantos escritores de la época tuvieron siempre presente en sus tratados. Con ello acaba el texto de los *Ardides y stratagemas*, de manera un tanto brusca y repentina, que hace sospechar, quizá, la posible falta de algunas líneas más de texto.

El manuscrito incluye, además, –ff. 54_v-55_r– la “Harenga o platica presentada al sereni^{mo}. s^{or}. Don Ioan pa los Estados quando fue R^{do}. por Gouer^{or} de los payses baxos, compuesta por P^o de Alaua, su Ayuda de Camara”, título en romana que encabeza el escrito que sigue a continuación, en lengua francesa y con distinta letra, también itálica de menor tamaño. Pedro de Álava escribió este discurso, que debió pronunciar don Juan de Austria ante la asamblea de la nobleza y altos dignatarios de los Países Bajos, cuando fue nombrado gobernador de ese territorio por Felipe II. Redactado en primera persona, el príncipe promete acabar con la guerra civil que, después de diez años, había empobrecido al país y devolverle su antigua prosperidad. Se compromete a cumplir todas sus obligaciones y a tratarlos con dulzura, como un padre a sus hijos, exigiéndoles a cambio obediencia. Les recomienda, en primer lugar, “la conseruation et accroissance de la Religion Catholique” y en segundo lugar, “l’obeissance au Roy Monseigneur comme y estes obligés vous”. Y confía en la ayuda de tantas gentes de bien, fortuna y experiencia como había en aquella asamblea, rogando a Dios el éxito de su misión.

Análisis y comentario

El tema de las estrategias y ardidés como táctica militar está presente en muchos de los escritores castrenses del siglo XVI español, si bien la mayoría lo aborda de forma incidental, con mayor o menor extensión. No obstante, un autor de la época, Juan Enríquez de Cartagena, escribió una obra, *Los avisos y exemplos militares*,⁶ cuya filosofía guarda gran simili-

⁶ The British Library [en adelante BL], ms.Add. 10697.

tud con la que impregna los folios del manuscrito de la Real Biblioteca de Madrid: aconsejar al jefe de un ejército acerca de los principios básicos a observar en el ejercicio de sus responsabilidades, mediante el recuerdo de acciones de guerra ocurridas en el pasado y presentadas como ejemplos. Enríquez de Cartagena divide el texto en tres *libros*, dos en prosa y uno en verso, y dedica su trabajo, con fecha 2 de septiembre de 1586, a don Álvaro de Ávalos, marqués del Vasto y General de la Caballería en Flandes.

Entre las recomendaciones que hace al Capitán General de un ejército, está la de ocuparse en preparar las vituallas, pues “donde faltan las vituallas, la prudencia de los capitanes y la fuerza de los soldados aprouechan poco”.⁷ En verdad, equipar un ejército con todo lo necesario que precisaba, era una tarea sumamente compleja y, a no dudarlo, motivo de preocupación para un General.⁸ Le insta a calcular la artillería que debe llevar consigo⁹ y a “haçer prouision de varcas” para pasar ríos, fosos o torrentes.¹⁰ Asimismo le recomienda que escuche el parecer de sus consejeros,¹¹ que guarde el secreto de las decisiones tomadas¹² y que no deje nada a la improvisación. Importante también que se guarde “de las cautelas y emboscadas”,¹³ así como de los engaños “de las espías y guías”.¹⁴ Y, por supuesto, que se cuide de establecer un buen orden de marcha para el ejército, que “a mi juicio se debria haçer al modo de los antiguos romanos”,¹⁵ pues “la vitoria consiste

⁷ Fol. 48_v. Scarion de Pavía apunta tres factores imprescindibles en el ejército: “buena gente, vituallas y dineros”. Y coincidiendo con él, Diego de Salazar afirma que “los hombres y el hierro, y los dineros y el pan, son el neruio de la guerra”. Mientras Bernardino de Mendoza destaca la financiación económica como prioridad. El dinero –escribe– es “lo que da movimiento a las armas y exercitos”. Vid. SCARION DE PAVÍA, Bartolomé: *Doctrina militar*. Pedro Crasbreeck, Lisboa, 1598, fol. 20; SALAZAR, Diego de: *Tratado De re militari*. Rutger Velpen, Bruselas, 1590, fol. 121_v; MENDOZA, Bernardino de: *Teórica y práctica de guerra*. Vda. de Pedro Madrigal, Madrid, 1595, pág. 7.

⁸ Resulta bastante revelador el contenido del manuscrito titulado *Relación de las cosas necesarias para la guerra* que se conserva en el Archivo General de Simancas. En dicho documento se detallan con minuciosidad cuáles eran los elementos convenientes en materia de armas, pertrechos y víveres. Vid. AGS, *Guerra Antigua*, leg. 59, nº 186.

⁹ Fol. 58_r.

¹⁰ Fol. 59_v.

¹¹ Fol. 65_{r-v}.

¹² Fol. 66_v-67_r y 80_r.

¹³ Fol. 71_v.

¹⁴ Fol. 80_r.

¹⁵ Fol. 84_r. La fascinación por la Antigüedad clásica, griega y romana, es nota característica de los escritores de este período histórico pues, como afirmaba Diego Salazar, “los antiguos hazian todas las cosas mejor y con mayor prudencia que nosotros”. Vid. SALAZAR, Diego de: *Tratado De re militari*. Rutger Velpen, Bruselas 1590, fol. 109_v. GONZÁLEZ CASTRILLO, Ricardo: *El Arte Militar en la España del siglo XVI*. Ed. Personal, Madrid, 2000, págs. 79-82. MARTÍNEZ BERMEJO, Saúl: “Antigua disciplina: el ejemplo romano en los tratados militares ibéricos, c. 1560-1600”, en *Hispania*, v. LXXIV, nº 247, 2014, págs. 357-384.

mas en oseruar las hordenes militares que en la fuerça de los soldados”.¹⁶ Como es lógico, la prevención de examinar el terreno de la batalla y observar sus características, es otra de las importantes tareas encomendadas al General,¹⁷ como lo es también la de escoger el momento más propicio para iniciar la lucha, cuestión que trata el manuscrito de la Real Biblioteca de Madrid en su capítulo 2º. García de Palacio opinaba a este respecto que la batalla debía darse “en tiempo que le quede día para proseguilla y seguir el alcance y rota que por falta de tiempo, con la obscuridad de la noche, muchas vezes los vnzidos y desbaratados se han saluado”.¹⁸ Y según refiere el autor de un manuscrito anónimo titulado *Discurso militar*, enfocado a la lucha contra los turcos -dedicado a Carlos V-, que se custodia en la Biblioteca del Monasterio de El Escorial (BME), Julio César coincidía también en que “no se deue dar la batalla de noche” por dos razones principales: “por el peligro de aguchillearse vnos a otros no conociendose en la pelea, y porque de día la uerguença haçe ser mas valientes los soldados”.¹⁹ Otra de las atribuciones del General que contempla Enríquez de Cartagena es la de recurrir al uso de la astucia e incluso del soborno para lograr “aquello que con las armas no se puede”.²⁰ Dada la dignidad inherente al cargo de Capitán General, “el que lleuaua à cargo todo el exercito y no tenia en el gouierno dél superior ninguno”, como el Emperador entre los romanos,²¹ es explicable que su figura esté presente en las obras de buena parte de los autores de la decimosexta centuria, los cuales se extienden en precisar sus funciones y las características físicas y morales que debía tener quien ostentase tal cargo, al igual que hiciera en el siglo I el griego Onosandro.²² Sancho de Londoño

¹⁶ Fol. 87r.

¹⁷ Fol. 91v.

¹⁸ *Diálogos militares*. Pedro Ocharte, Mexico, 1583, f. 78.

¹⁹ *Discurso militar en que se persuade y ordena la guerra contra el turco*. Biblioteca del Monasterio de El Escorial [en adelante, BME], ms. f. IV. 5, fol. 27v.

²⁰ Fol. 109r.

²¹ ÁLAVA Y VIAMONT, Diego de: *El perfecto capitán instruido en la disciplina militar*. Pedro Madrigal, Madrid, 1590, fol. 150r.

²² ORTIZ DE PEDROSA, Andrés: *Perfecto General y opiniones militares*. Real Biblioteca de Madrid [en adelante RBM.], ms. II-871, fols. 2v y 26v-31r. POSSEVINO, Antonio: *Libro llamado El soldado christiano* (trad. Diego de Mora). Biblioteca Nacional de España [en adelante BNE], ms. 10527, fols. 16v y 64v. MENDOZA, Bernardino de: *Teórica y práctica de guerra*. Vda. De Pedro Madrigal, Madrid, 1595, pág. 51. MONTES, Diego: *Instrucción y regimiento de guerra*. George Coci, Zaragoza, 1537, fol. IIIr. EGUILUZ, Martín de: *Milicia, discurso y regla militar*. Luis Sánchez, Madrid, 1592, fol. 135. ÁLAVA Y VIAMONT, Diego de: *El perfecto capitán instruido en la disciplina militar*. Pedro Madrigal, Madrid, 1590, fol. 150r. AYALA, Baltasar de: *De iure et officiis bellicis et disciplina militari* (ed. y trad. Manuel Fraga Iribarne). Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1948, págs. 264, 270 y 286. ONOSANDRO, *De re militari*, trad. Diego García de Alderete. Claudio Bournet, Barcelona, 1567, f. 2v.

denominaba *generalísimo* al Capitán General, exigiendo que fuese hombre de “mayor experiēcia que otro alguno, de los que hã de obedecer”. Pero, con frecuencia, la realidad distaba mucho de esa aspiración. Para Álava y Viamont, este grado equivalía al de “Emperador entre los Romanos y Atenienses”. Baltasar de Ayala acude también al ejemplo romano y refiere que Cicerón estimaba “que en el supremo emperador conviene que se den estas cuatro cosas: la ciencia de las cosas militares, la virtud, la autoridad y la felicidad”. Las cualidades que el general debía poseer están, en bastantes tratados, inspiradas en este modelo romano, y se acompañan asimismo por otras, como la discreción, elocuencia y agudo ingenio. Por su parte, Scario de Pavía menciona la conveniencia de que este cargo sea ejercido por persona de noble cuna. Es más, hace extensiva esta condición no sólo a este oficio, sino también a los maestros de campo y capitanes de infantería. Y justifica esta exigencia en el hecho de que la ascendencia nobiliaria iba vinculada a la posesión de determinadas virtudes, en especial la fortaleza y la valentía, ambas tan necesarias en un militar. Pero quizá quien realiza la semblanza más detallada de este mando, convirtiéndolo en el eje central de su obra, es Ortiz de Pedrosa. Su postura está, desde luego, en línea con el resto de los escritores reseñados, si bien el tratamiento del tema es más amplio y pormenorizado, llegando a especificar un conjunto de 83 normas a las que debía ajustarse el comportamiento y actuación de un Capitán General.²³

El uso de la astucia aparece, pues, entre los consejos que Enríquez de Cartagena postula. Y una de las posibles añagazas que recomienda es la de fingir la huida en medio de la batalla con el propósito de atacar luego,²⁴ la cual menciona asimismo el manuscrito de la Real Biblioteca de Madrid en el capítulo primero. Propone también Enríquez de Cartagena otro ardid aplicable en caso de asedio de una ciudad: escoger “treinta o quarenta hombres... haciendolos que finjan ser fugitiuos del campo por algun agrauio que se les aya hecho”, los cuales podían luego facilitar la entrada a la ciudad, como se hizo en los casos que expone.²⁵ En resumen, aconseja al General “recorrer a los engaños y astuicias en todas aquellas maneras y suertes de ymaginaciones que se puedan pensar” para obtener la victoria.²⁶ Y si Enríquez de Cartagena, al igual que el autor anónimo del manuscrito de la RBM, justifican y aprueban el empleo de estratagemas y cautelas en la guerra, otros varios tratadistas apoyaron también la licitud de su uso. Así, para Francisco Arias de Valderas “es licito en la guerra justa el empleo de artificios de engaño si

²³ ORTIZ DE PEDROSA, Andrés: *op. cit.*, fols. 26_v-31_r.

²⁴ Fol. 116_r.

²⁵ Fol. 118_r.

²⁶ Fol. 120_v.

la necesidad lo exige, como enseña Santo Tomás”.²⁷ Y en la misma línea, Pedro Mexía escribe: “el que engañasse al enemigo en la guerra justa no pecaría, antes espreciado y alabado”.²⁸ Cristóbal Mosquera de Figueroa abunda en ese mismo pensamiento cuando escribe que “los ardidés y caute-las son lícitas despues que la guerra fue reduzida a arte”.²⁹ A su vez, Baltasar de Ayala pone en boca de San Agustín “que si uno hace la guerra, nada importa a la justicia que combata abiertamente o que use de estratagemas”. No falta tampoco quien, como Juan de Carrión Pardo, especifique algunos de los ardidés empleados cuando el enemigo es superior en número. En este caso, “suelese vsar de un ardid” que consistía en ocultar entre las filas del escuadrón, “vna summa de mosqueteria y arcabuzeria” que, llegado el momento, saldría disparando sus proyectiles “y podran con facilidad alcançar la victoria”. O bien, “ay otra manera como se puede engañar al enemigo” y es introduciendo una hilera más de picas en un escuadrón cuadrado, aunque reconoce que no ha visto nunca utilizar este ardid.³⁰ El tratadista anónimo antes citado, autor de un *Discurso militar*, aporta a su vez dos singulares argucias, productos de su imaginación, que “hasta oy no auia leydo ni oydo”, a las que califica de “buenos secretos”.³¹ Mosquera de Figueroa, por su parte, recomienda la estratagema de dejarse ver ante el enemigo si el ejército propio es numeroso, con el fin de “infundirles con el miedo”.³² Y respecto a la recomendación que muchos autores hacen -y entre ellos el ms. de la RBM- de utilizar cuantos instrumentos proporcionasen los adelantos técnicos, conviene recordar que, en general, las guerras de Flandes fueron un excelente campo de cultivo para la invención y empleo de nuevos ingenios y artilugios, debidos algunos de ellos a Alejandro Farnesio, quien “prueua hiço de su ingenio y valor fabricando tantas y tan extraordinarias maquinas de ingenios y otros pertrechos, nunca vistos ni ingeniados en la guerra”.³³ Famiano Estrada, que narra con detalle las guerras de Flandes, menciona un elevado número de innovaciones técnicas entonces empleadas, cuyos autores no fueron siempre españoles,³⁴ Y recuerda el ingenio ideado por Giambelli -italiano al servicio de los rebeldes flamencos- para quebrar la célebre

²⁷ *Libellus de belli iustitia iniustitiave*. Facsímil de la ed. príncipe de Roma, Antoni Blado, 1933, y trad. de Laureano Sánchez Gallego. Madrid, 1932, pág. 154.

²⁸ *Diálogos eruditos*. Hernando Díaz, Sevilla, 1570, f. CXXv.

²⁹ *Comentario en breve compendio de disciplina militar*. Luis Sánchez, Madrid, 1596, fol. 36v.

³⁰ *Tratado como se devem formar los quatro escuadrones*. Antonio Álvarez, Lisboa, 1595, fol. 23v-24r.

³¹ BME, ms. f. IV. 5, fols. 25v-29r.

³² *Comentario en breve compendio de disciplina militar*. Luis Sánchez, Madrid, 1596, fol. 37r.

³³ *Vid. VÁZQUEZ, Alonso: Sucesos de Flandes y Francia*. BNE, ms. 2767, fol. 661.

³⁴ ESTRADA, Famiano: *Décadas de las guerras de Flandes*. Colonia, 1682, 3 v.

estacada o puente de madera sobre el Escalda que Alejandro Farnesio había hecho construir en Amberes. Célebre inventor de máquinas e instrumentos fue también el ingeniero italiano Agostino Ramelli, autor de *Le diverse et artificiose machine*, editado con múltiples grabados en París, en 1588. Por otra parte, conocida es la afición que el propio monarca Felipe II sentía por los nuevos inventos de la técnica,³⁵ lo cual favoreció sin duda la inclinación de las gentes hacia tales invenciones. Bernardino de Mendoza refiere, a su vez, algunos de los artefactos utilizados en Flandes, así como el uso de palomas mensajeras -que ya figuraba entre las *Estratagemas* de Frontino- para comunicarse los sitiados en Haarlem por el duque de Alba, con el duque de Orange.³⁶ Las innovaciones de estos profesionales no eran sino un producto de su época en cuanto pretendían solucionar los problemas planteados con máquinas y artificios. Sobre todo, por la transformación que había sufrido la guerra en la decimosexta centuria. En este sentido, sobresalen los nuevos elementos de defensa, ideados por los arquitectos militares, especialmente italianos, que habían revolucionado los sistemas defensivos antiguos.³⁷ El desarrollo del *baluarte* -un saliente en la línea de las murallas provisto de artillería- fue una de las innovaciones más señaladas.³⁸

Enríquez de Cartagena justifica su apoyo al empleo de artimañas en la guerra argumentando que “es mucho mejor vsar los engaños que defenderse de los que otros haçen”, ya que, en definitiva, “la mayor y mas gloriosa ganancia que haçer puede vn General sea la de vençer”. Y para ello, debe luchar sin hacer caso “de boçes y nusadas ni de otros orribles gritos de los enemigos, que ni las voçes ni los gritos dellos matan a los hombres ni aun causan espanto a los animos valerosos”,³⁹ ardid de uso muy frecuente en las batallas, que menciona también el manuscrito de la RBM. Ahora bien, la práctica de las añagazas y estratagemas tenía, sin duda, un lado negativo - como bien advirtió ya Onosandro-, en cuanto que ambas facciones en lucha podían emplearlas igualmente. De ahí que el autor griego advierta al Gene-

³⁵ Para las invenciones españolas en el Siglo de Oro, *vid.* GARCÍA TAPIA, Nicolás: *Patentes de invención españolas en el Siglo de Oro*. Oficina Española de Patentes y Marcas, Madrid, 1994. Vid. además GONZÁLEZ CASTRILLO, Ricardo: “El ingeniero militar Jerónimo de Borja, prisionero del Santo Oficio”, en *Hispania*, nº 174, 1990, págs. 93-113 e “Inventos y artificios de Jerónimo de Borja, ingeniero militar del siglo XVI”, nº 177, 1991, págs. 103-151.

³⁶ *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Payses Baxos desde el año 1567 hasta el de 1573*. Pedro de Madrigal, Madrid, 1592, fols. 188_v-189_r; 200_v y 262.

³⁷ McNEILL, William H.: *La búsqueda del poder. Tecnología, Fuerzas Armadas y Sociedad desde el 1000 d.C.* Madrid, 1988, págs. 99 y ss.

³⁸ DUFFY, Christopher: *Siege Warfare*. London, 1979, págs. 25-34.

³⁹ *Vid.* BL, Add. ms. 10697, f. 27_{r-v}.

ral que se guarde de ser engañado por el enemigo con las mismas cautelas y argucias que él mismo empleaba.⁴⁰

Una de las premisas a considerar en toda batalla era que las tropas estuvieran bien concienciadas de la importancia del encuentro que iban a mantener y que su espíritu de lucha alcanzara un nivel óptimo. En este sentido, Diego García de Palacio considera una obligación del capitán animar a sus soldados antes de la contienda y persuadirles “con dulces y animosas palabras y con buenas y dichosas esperanças”.⁴¹ Otros autores sugieren, como contrapunto a los padecimientos del soldado, la conveniencia de recompensar con honores a quienes hubiesen descollado en el cumplimiento de sus deberes militares, lo cual servía, al tiempo, de estímulo para otros. Otras fórmulas pasaban por prometer a los soldados todo el botín antes de entrar en combate, como un ardid de los generales para exacerbar los ánimos de los combatientes. Incluso se dieron casos en los que los propios soldados establecían un fondo común con todo lo apresado para distribuirlo luego de forma equitativa, si bien esto ocasionaba en la práctica violentas discusiones por el reparto realizado. Londoño, por ejemplo, menciona este sistema como el más perfeccionado y justo, siempre que lo llevarsen a cabo personas honestas y fieles.⁴² Durante el siglo XVI, hubo frecuentes casos de motines en el seno del ejército que, por lo general, tenían como causa el retraso en la tardanza en recibir los soldados su salario. De nada sirvieron las recomendaciones de un espíritu idealista como el de Escalante que exhortaba al hombre de guerra a sufrir con resignación las adversidades, “euitãdo por todas vias los motines, que por semejãtes casos suelẽ suceder”.⁴³ El retraso en las pagas tenía además otra faceta negativa en cuanto mermaba moralmente la autoridad de los mandos del ejército. Circunscrito a la época y espacio geográfico en que se escribió nuestro manuscrito, y según las estimaciones de Geoffrey Parker, en Flandes se sucedieron 45 motines durante el periodo de 1572 a 1607, cuyas consecuencias fueron perniciosas pues, al decir suyo, “los motines del Ejército de Flandes trajeron el desastre financiero y militar sobre España”.⁴⁴ El ocurrido en 1574 es bien sintomático a este respecto, cuando la *furia* de los soldados españoles saqueó Amberes.

⁴⁰ ONOSANDRO: *De re militari*, trad. Diego García de Alderete. Claudio Bornat, Barcelona, 1567, f. 13_r.

⁴¹ *Diálogos militares*. Pedro Ocharte, Mexico, 1583, f. 78_v.

⁴² LONDOÑO, Sancho de: *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Rutger Velpen, Bruselas, págs. 9-12.

⁴³ *Op. cit.*, fol. 126_r.

⁴⁴ PARKER, Geoffrey: *El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*. Alianza Editorial, Madrid, 1985, pág. 231.

Es más, aun cuando la suerte fuera adversa, debíase animar a las tropas falseando incluso la realidad con engaños y mentiras, presentando la situación como positiva, según consigna el manuscrito de la RBM. La promesa de recibir honores y recompensas era pues uno de los posibles alicientes y estímulos para levantar el ánimo de las tropas. De ahí que se sugiera la conveniencia de distinguir a los soldados destacados en el combate con la concesión de premios y honores, como se hacía en la Antigüedad, criterio que era compartido también por muchos tratadistas de la época, uno de los cuales recomienda “premiar a los buenos quanto conuiene”.⁴⁵ El citado Diego García de Palacio recuerda a este respecto que los griegos y romanos entendieron bien “quan necessaria cosa era el premio, honor para los buenos hechos de la guerra”, e inventaron trofeos, coronas, privilegios, arcos, estatuas, inmunidades y otras cosas. Y pone el ejemplo de España, donde muchos valientes caballeros se habían ennoblecido y adquirido “grandes nombres, estado y reputacion”, por su destacada actuación en acciones de guerra.⁴⁶ En la misma sintonía, Mosquera de Figueroa afirma que “el galardón es buena obra que liberalmente se ha de dar a los que fueren buenos y leales en el seruicio del rey en la guerra”.⁴⁷ Y Baltasar de Ayala opina igualmente que “asi como la disciplina militar exige un aspero genero de castigo, asi tambien han de ser exercitados los militares al valor con premios”.⁴⁸ No obstante, la situación de la milicia española en la segunda mitad del siglo XVI adolecía de importantes defectos, y muchos de los cargos se concedían “por fauor y intercession de deudos” y no por méritos propios, con el consiguiente disgusto y frustración de quienes veían a éstos “adelantados y ellos atrás”, como pone de relieve Bernardino de Mendoza.⁴⁹ Y es que el atractivo de la vida militar no parecía ser demasiado fuerte, teniendo en cuenta

⁴⁵ FUNES, Juan de; *Libro intitulado Arte Militar*. Tomás Porralis, Pamplona, 1582, f. 33. *Vid.* también CARRIÓN PARDO, Juan de: *Tratado como se devem formar los esquadrones*. Antonio Álvarez, Lisboa, 1595, f. 37. VALLE DE LA CERDA, Luis: *Avisos en materia de Estado y Guerra...* Pedro Madrigal, Madrid, 1599, f. 92.

⁴⁶ *Diálogos militares*. Pedro Ocharte, Mexico, 1583, ff. 91_v-92_r.

⁴⁷ *Comentario en breve compendio de Disciplina Militar*. Luis Sánchez, Madrid, 1596, f. 129_r.

⁴⁸ *Del Derecho y de los oficios de las guerras*. Ed. y tr. de Manuel Fraga Iribarne. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1948, pág. 562.

⁴⁹ *Theorica y practica de guerra*. Vda. de Pedro Madrigal, Madrid, 1595, ff. 53 y s. *Vid.* también POSSEVINO, Antonio: *El soldado christiano*. BNE, ms. 10527, f. 4_v. PEDROSA, Francisco de: *Arte y suplimento Re militari*. Juan Sultzbach, Nápoles, 1541, prólogo al lector. SANVITORES DE LA PORTILLA, Francisco: *El mal de Flandes*. BNE, ms. 2759, 1590, f. 187_v. NÚÑEZ ALBA, Diego: *Diálogos de la vida del soldado*. Juan Alonso de Tapia, Toledo, 1589, ff. 82_v-83_r. ISABA, Marcos de: *Cuerpo enfermo de la milicia española*. Guillermo Druy, Madrid, 1594, ff. 20_v-21_r, y 59_v. ESCALANTE, Bernardino de: *Diálogos del Arte Militar*. Rutger Velpius, Bruselas, 1595, f. 37. JIMÉNEZ DE URREA, Jerónimo: *Dialogo de la verdadera honra militar*. Francisco Sánchez, Madrid, 1575, f. 162.

los riesgos que conllevaba y el escaso reconocimiento a los méritos conseguidos, de no contar con un poderoso valedor. Por ello, no sorprende que el desencanto y la decepción fueran sentimientos habituales entre muchos veteranos, que veían frustradas sus esperanzas e ilusiones. De este modo, las recompensas que aconsejan los escritores no pretendían solamente utilizar los emblemas y adornos honoríficos empleados en la Antigüedad. Pretendía, más allá de toda esta parafernalia exterior, afrontar medidas de *carácter social* encaminadas a solucionar los problemas inherentes de los veteranos ante la vejez, enfermedad o invalidez por causa de los conflictos bélicos. Sintomático a este respecto es el *Discurso* de Pérez de Herrera dirigido al príncipe Felipe, luego tercer monarca de este nombre, en que le recomienda que “para la gente de guerra aya algũ descanso y premio, assi para los que en este exercicio han enfermado, como para los que estan estropeados è inútiles, por estar sin braços o piernas, como para aquellos a quiẽ la vejez tiene impossibilitados para seruir”.⁵⁰ Según confesión propia, en los catorce años que prestó servicio como médico, pudo comprobar los padecimientos y múltiples sufrimientos de los soldados.

El uso de estrategias alcanzaba su máxima excelencia cuando, gracias a ellas, se lograba obtener una victoria sin entablar lucha, evitando así el derramamiento de sangre. El manuscrito de la RBM muestra su inclinación a tal modo de proceder y su postura es compartida también por Diego García de Palacio, quien afirma que la victoria obtenida mediante cautelas y ardid es encierra mayor mérito que la lograda por la fuerza de las armas, pues “parece se deue estimar en más, como conseguida y alcanzada sin effusion de propia sangre y menos trabajo y perdida”.⁵¹

Como es lógico, la obra que analizamos no podía, por su carácter castrense, dejar de abordar el tema de la guerra justa, es decir, cuándo una guerra podía considerarse justa y cuándo no, ya que esta cuestión está presente en casi toda la bibliografía militar española de la decimosexta centuria.⁵² Unos le dedicaron obras enteras –como Francisco Arias de Valderas o Alfonso Álvarez Guerrero– y otros, los más, sólo capítulos de diferente extensión. Sin embargo, el manuscrito alude muy de pasada, y al final del texto, a este problema que la mayoría de los tratadistas desarrollan con amplitud. Se limita a aconsejar, simplemente, que no debe iniciarse una guerra sobre “una causa iniqua y sin razon”. Es decir, exige implícitamente que la

⁵⁰ *Discurso del exercicio y amparo de la milicia destes reynos*, sin lugar ni fecha de impresión, aunque probablemente escrito en Madrid en el año 1598.

⁵¹ *Diálogos militares*. Pedro Ocharte, Mexico, 1583, f., 73.

⁵² GONZÁLEZ CASTRILLO, Ricardo: *El Arte Militar en la España del siglo XVI*. Ed. Personal, Madrid, 2000, págs. 33-54.

guerra tenga el carácter de justa. La misma brevedad muestra también otro manuscrito de la RBM que reúne una serie de recomendaciones a los oficiales del ejército y coloca, en primer lugar, la relativa a este aspecto cuando señala que se debe “procurar que la guerra que yziere sea xusta para tomar buen principio”.⁵³ Sin embargo, muchos fueron los escritores que se explicaron en tema tan interesante y algunos lo acometieron desde una perspectiva anterior, planteándose previamente la cuestión del origen de las guerras, que terminaban achacando al pecado. De este parecer es Fortún García de Ercilla, para quien “la causa toda del guerrear, como de toda nuestra miseria fue el pecado y offensa diuina... del cielo huuo origen la guerra y fue transferida en todas las gentes”.⁵⁴ Análoga opinión sustenta Juan Núñez de Toledo, cuando escribe que “por los pecados esta muy claro vienen los males y nascen las guerras”.⁵⁵ E igualmente Scarion de Pavía quien no duda de que “la causa inmediata sea la de tantos pecados, vicios y abominaciones graues que vniuersalmente por todo el mundo reinan”.⁵⁶ Establecido así el origen de las guerras, la finalidad de las mismas es otra de las cuestiones que inquietaron al hombre del siglo XVI. Para García de Ercilla, “el fin y la causa de los que justamente guerrear es la paz”⁵⁷ pensamiento que comparten también Bartolomé Scarion de Pavía, según el cual la guerra era el “medio eficaz para tener paz y quietud”,⁵⁸ y Mosquera de Figueroa, quien escribe que “el fin por el cual se guerrea es la paz”,⁵⁹ Y en cuanto al tema de su legitimidad, los tratadistas establecen una serie de condiciones para su justificación. Francisco Antonio exige, por ejemplo, cuatro requisitos: que la declare la autoridad competente, que exista una justa causa y una buena intención, y que además se haga de modo debido, es decir, que no se dañe a inocentes⁶⁰. Pero en cualquier caso, como afirma Bernardino de Escalante, al soldado “no le toca examinar si la guerra es justa o injusta”,⁶¹ debía limitarse a combatir y servir a su Príncipe.

⁵³ *De la orden que a de mandar su magestad aplicadas en su serbizio y de nuestro señor en la guerra en su exercito y el xeneral obligado a obedezellas y ordenallas açiando lo que debe al serbizio de Dios y de su magestad*. RBM, ms. II-1393, f. 90_r.

⁵⁴ *Tratado de la guerra y el duelo*. BNE, ms. 943, f. 3_{r-v}.

⁵⁵ *Tratado sobre la guerra de Francia*. Estanislao Polono, Alcalá de Henares, 1504, f. a_{4u}.

⁵⁶ *Doctrina militar*. Pedro Crasbeeck, Lisboa, 1598, f. 5_r.

⁵⁷ *Tratado de la guerra y el duelo*. BNE, ms. 943, f. 6_v.

⁵⁸ *Doctrina militar*. Pedro Crasbeeck, Lisboa, 1598, f. 4_r.

⁵⁹ *Comentario en breve compendio de Disciplina militar*. Luis Sánchez, Madrid, 1596, f. 91_r.

⁶⁰ *Avisos para soldados y gentes de guerra*. Rutger Velpen, Bruselas, 1597, págs. 8-21. *Vid.* también PEDROSA, Francisco de: *Arte y suplimento Re militar*. Juan Sultzbach, Nápoles, 1541, ff. 73_v y ss. ORTIZ DE PEDROSA, Andrés: *Perfecto General y opiniones militares*. RBM, ms. 811, f. 1. POSSEVINO, Antonio: *El soldado christiano*. BNE, ms. 10527, ff. 8 y ss.

⁶¹ *Diálogos del Arte Militar*. Rutger Velpen, Bruselas, 1595, f. 22_v.

Siguiendo la norma habitual de la literatura militar del siglo XVI, el manuscrito de la RBM presenta como rasgo característico la profusión de citas de autores de la Antigüedad clásica. Julio César, Salustio, Polibio, Tito Livio, Orosio, Eutropio, Quinto Curcio, Plinio y alguno más, aparecen mencionados frecuentemente en sus folios, si bien son dos escritores latinos de los siglos I y IV, respectivamente, Sexto Julio Frontino y Flavio Renato Vegecio, los principales referentes. El primero, autor de los *Stratagematon*, obra impresa en edición latina a finales de la época incunable y también a comienzos de la centuria siguiente, que fue vertida al castellano por Diego Guillén de Ávila, canónigo de Palencia y posteriormente por el maestre de campo Gil de los Arcos y Alférez, bajo el título de *Estratagemas militares*.⁶² Vegecio, a su vez, es autor del tratado *Epitome rei militaris*, traducido al español por el dominico fray Alfonso de San Cristóbal en el siglo XVI, de cuyo trabajo se conservan manuscritos en la BNE, RBM y BME.⁶³

Como conclusión, podría afirmarse que los *Ardides y estratagemas de guerra* que hemos analizado, puede ser considerada, por su temática y metodología, una obra típica del momento cronológico en que fue escrita: el siglo XVI. Y, tomando en consideración tales elementos, puede asimismo señalarse que es semejante a otra de las obras que hemos venido considerando en este trabajo, la de Juan Enríquez de Cartagena, *Los avisos y exemplos militares*, pues en ambas se trasluce el deseo de sus respectivos autores de aconsejar al general del ejército acerca de los principios básicos que han de regir su actuación, ilustrándolos con personajes afamados y hechos sucedidos en la Antigüedad Clásica.

⁶² La versión de Guillén de Ávila fue impresa en Salamanca por Lorenzo de Lion Dedei en 1516. De la realizada por Gil de los Arcos la BNE guarda un ms. signado como 8894. *Vid.* ROCA BAREA, María Elvira: “Diego Guillén de Ávila, autor y traductor del siglo XVI”, en *Revista de Filología Española*, LXXXVI, 2, 2006, págs. 373-394.

⁶³ *Vid.* ROCA BAREA, María Elvira: “El libro de la guerra y la traducción de Vegecio por fray Alfonso de San Cristóbal”, en *Anuario de Estudios Medievales*, 37/1, 2007, págs. 267-304.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

- ÁLAVA Y VIAMONT, Diego de: *El perfecto capitán instruido en la disciplina militar*. Pedro Madrigal, Madrid, 1590.
- ANTONIO, Francisco: *Avisos para soldados y gentes de guerra*. Rutger Velpen, Bruselas, 1597.
- ARIAS DE VALDERAS, Francisco: *Libellus de belli iustitia iniustitiave*. Facsímil de la ed. príncipe de Roma, Antoni Blado, 1933, y trad. de Laureano Sánchez Gallego. Madrid, 1932.
- AYALA, Baltasar de: *De iure et officiis bellicis et disciplina militari* (ed. y trad. Manuel Fraga Iribarne). Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1948.
- CARRIÓN PARDO, Juan de: *Tratado como se devem formar los quatro escuadrones*. Antonio Álvarez, Lisboa, 1595.
- De la orden que a de mandar su magestad aplicadas en su serbizio y de nuestro señor en la gerra en su exercito y el xeneral obligado a obedezellas y ordenallas açiendo lo que debe al serbizio de Dios y de su magestad*. RBM, ms. II-1393.
- Discurso militar en que se persuade y ordena la guerra contra los turcos*. BME, ms. f. IV. 5.
- DUFFY, Christopher: *Siege Warfare*. London, 1979.
- EGUILUZ, Martín de: *Milicia, discurso y regla militar*. Luis Sánchez, Madrid, 1592.
- ENRÍQUEZ DE CARTAGENA, Juan: *Los avisos y exemplos militares*. BL, ms. Add. 10697.
- ESCALANTE, Bernardino de: *Diálogos del Arte Militar*. Rutger Velpius, Bruselas, 1595.
- ESTRADA, Famiano: *Décadas de las guerras de Flandes*. Colonia, 1682, 3 v.
- FUNES, Juan de: *Libro intitulado Arte Militar*. Tomás Porralis, Pamplona, 1582.
- GARCÍA DE ERCILLA, Fortún: *Tratado de la guerra y el duelo*. BNE, ms. 943.
- GARCÍA DE PALACIO, Diego de: *Diálogos militares*. Pedro Ocharte, Mexico, 1583.
- GARCÍA TAPIA, Nicolás: *Patentes de invención españolas en el Siglo de Oro*. Oficina Española de Patentes y Marcas, Madrid, 1994.
- GONZÁLEZ CASTRILLO, Ricardo: *El Arte Militar en la España del siglo XVI*. Ed. Personal, Madrid, 2000.

- : “El ingeniero militar Jerónimo de Borja, prisionero del Santo Oficio”, en *Hispania*, nº 174, 1990, págs. 93-113.
- : “Inventos y artificios de Jerónimo de Borja, ingeniero militar del siglo XVI”, en *Hispania*, nº 177, 1991, págs. 103-151.
- HALE, J.R.: “El Ejército, la Marina y el Arte de la Guerra”, en *Historia del Mundo Moderno*. Barcelona, 1980, t. II (1980), págs. 329-350.
- ISABA, Marcos de: *Cuerpo enfermo de la milicia española*. Guillermo Druy, Madrid, 1594.
- JIMÉNEZ DE URREA, Jerónimo: *Dialogo de la verdadera honra militar*. Francisco Sánchez, Madrid, 1575.
- LONDOÑO, Sancho de: *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Rutger Velpen, Bruselas, 1596.
- MARTÍNEZ BERMEJO, Saúl: “Antigua disciplina: el ejemplo romano en los tratados militares ibéricos, c. 1560-1600”, en *Hispania*, v. LXXIV, nº 247, 2014, págs. 357-384.
- McNEILL, William H.: *La búsqueda del poder. Tecnología, Fuerzas Armadas y Sociedad desde el 1000 d.C.* Madrid, 1988.
- MENDOZA, Bernardino de: *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Payses Baxos desde el año 1567 hasta el de 1573*. Pedro de Madrigal, Madrid, 1592.
- : *Teórica y práctica de guerra*. Vda. de Pedro Madrigal, Madrid, 1595.
- MEXÍA, Pedro: *Diálogos eruditos*. Hernando Díaz, Sevilla, 1570.
- MONTES, Diego: *Instrucción y regimiento de guerra*. George Coci, Zaragoza, 1537.
- MOSQUERA DE FIGUEROA, Cristóbal: *Comentario en breve compendio de disciplina militar*. Luis Sánchez, Madrid, 1596.
- NÚÑEZ ALBA, Diego: *Diálogos de la vida del soldado*. Juan Alonso de Tapia, Toledo, 1589.
- NÚÑEZ DE TOLEDO, Juan: *Tratado sobre la guerra de Francia*. Estanislao Polono, Alcalá de Henares, 1504.
- ONOSANDRO: *De re militari* (trad. Diego García de Alderete). Claudio Bournet, Barcelona, 1567.
- ORTIZ DE PEDROSA, Andrés: *Perfecto General y opiniones militares*. RBM, ms. II-871.
- PARKER, Geoffrey: *El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*. Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- PEDROSA, Francisco de: *Arte y suplimento Re militari*. Juan Sultzbach, Nápoles, 1541.
- POSSEVINO, Antonio: *Libro llamado El soldado christiano* (trad. Diego de Mora). BNE, ms. 10527.

- Relación de las cosas necesarias para la guerra*. AGS, *Guerra Antigua*, leg. 59, nº 186.
- ROCA BAREA, María Elvira: “Diego Guillén de Ávila, autor y traductor del siglo XVI”, en *Revista de Filología Española*, LXXXVI, 2, 2006, págs. 373-394.
- : “El libro de la guerra y la traducción de Vegetio por fray Alfonso de San Cristóbal”, en *Anuario de Estudios Medievales*, 37/1, 2007, págs. 267-304.
- SALAZAR, Diego de: *Tratado De re militari*. Rutger Velpen, Bruselas, 1590.
- SANVITORES DE LA PORTILLA, Francisco: *El mal de Flandes*. BNE, ms. 2759, 1590.
- SCARION DE PAVÍA, Bartolomé: *Doctrina militar*. Pedro Crasbreeck, Lisboa, 1598.
- VALDÉS, Francisco de: *Espejo y disciplina militar*. Bruselas, Rutger Velpen, 1596.
- VALLE DE LA CERDA, Luis: *Avisos en materia de Estado y Guerra...* Pedro Madrigal, Madrid, 1599.
- VÁZQUEZ, Alonso: *Sucesos de Flandes y Francia*. BNE, ms. 2767.

Recibido: 04/07/2016

Aceptado: 29/11/2016